

Robres: la experiencia de recrear un campamento republicano en los Monegros

Pablo Gracia Vera

Investigador predoctoral UNIZAR
Correspondencia: pablograciavera@gmail.com

Enviado: 15/07/2022

Aceptado: 02/09/2022

Resumen: La recreación histórica es una forma muy atractiva de poner en valor el patrimonio del mundo rural. Sin embargo, la recreación histórica de la Guerra Civil Española tiene una serie de problemas estructurales que hay que tener en cuenta a la hora de diseñar un evento, para que sea didáctico y transmita el conocimiento de manera óptima. El siguiente artículo es el análisis de un ejemplo práctico llevado en un pueblo de la comarca de los Monegros, desde su fase inicial hasta las conclusiones finales.

Palabras clave: Recreación histórica, Arqueología experimental, Monegros, Didáctica de la Guerra Civil española.

Resum: La recreació històrica és una manera molt atractiva de posar en valor el patrimoni del món rural. Tot i això, la recreació històrica de la Guerra Civil Espanyola té una sèrie de problemes estructurals que cal tenir en compte a l'hora de dissenyar un esdeveniment, perquè sigui didàctic i transmeti el coneixement de manera òptima. El següent article és l'anàlisi d'un exemple pràctic portat a un poble de la comarca dels Monegros, des de la fase inicial fins a les conclusions finals.

Paraules clau: Recreació històrica, Arqueologia experimental, Monegros, Didàctica de la Guerra Civil espanyola.

Abstract: Historical re-enactment is a very appealing way of highlighting the heritage of the rural world. However, the historical re-enactment of the Spanish Civil War has a series of structural problems that must be taken into account when designing an event, so that it is didactic and transmits knowledge in an optimal way. The following article is an analysis of a practical example carried out in a village in the region of *los Monegros*, from the initial phase to the final conclusions.

Keywords: Historical reenactment, Experimental archaeology, Monegros, Spanish Civil War didactics.

Introducción

«La Recreación Histórica es una actividad en la que un grupo de personas, generalmente de elevado nivel investigador (aunque no es condición sine qua non) documentan e investigan sobre una realidad determinada. Superado este punto y con la ayuda de determinadas técnicas, reconstruyen o fabrican con la máxima fidelidad posible la realidad que han documentado. Y, finalmente, una vez terminada esta reconstrucción, difunden o divulgan dicha realidad a través de diversas actividades, generalmente relativas a explicaciones, talleres, charlas o demostraciones. [...] La definición de la recreación,

ajustada a sus métodos y objetivos, por tanto, parece ser bastante clara: un proceso de documentación científica, un trabajo de reconstrucción fiel y una labor de divulgación directa.»

(Cózar, 2013)

La recreación histórica es una actividad cultural que fomenta el conocimiento y divulga aspectos generales de un periodo histórico concreto. En el caso que nos compete, se trata del conflicto fratricida que desangró España de 1936 a 1939. La recreación histórica puede caer en la tentación de idealizar los periodos que recrea, pero es precisamente la Guerra Civil el periodo que menos se puede romantizar, y con el que mejor se puede crear una conciencia antibelicista, ya que todos tenemos grabado el coste humano de una guerra civil. Este tipo de eventos, relacionados con nuestra guerra, no buscan enaltecer el pasado; solo buscan poner sobre la mesa y hablar de una época que muchas veces ha sido reprimida y vista como tabú.

A fecha de la redacción de este artículo, la Universidad de Zaragoza ha apostado por dinámicas innovadoras en la divulgación histórica ya en dos ocasiones consecutivas. Pero no es una apuesta exclusiva de la Universidad, también ha sido una apuesta de la sociedad, en forma de alumnos interesados en el curso en el que se han matriculado; o en forma del apoyo incondicional de Olga Brosed, alcaldesa de Robres, pueblo monegrino en el que se desarrolla el proyecto.

Realmente la recreación histórica proyectada es el colofón final de un curso universitario que trata de poner en valor la Guerra Civil Española y defender un legado de memoria democrática, haciendo énfasis en el poder divulgador de la recreación histórica para conseguir esos objetivos. Mediante un equipo de ponentes multidisciplinar, el curso pretendía crear una estrategia didáctica de Aprendizaje Basado en Proyectos, integrando en su propuesta a expertos del ámbito universitario, en pedagogía, patrimonio y agentes de campo, como forma de garantizar la calidad de dichos futuros proyectos.

En definitiva, el curso tenía como metas inculcar el valor del rigor, la documentación previa, el conocimiento del patrimonio y el conocimiento de los mecanismos de divulgación, en un ámbito que está desarrollándose a pasos agigantados como es el de la recreación histórica. Y para ello, el mejor argumento didáctico es que, como complemento a la teoría explicada en las conferencias en los días previos, el fin de semana se produjera una demostración práctica de todos esos conceptos analizados, plasmada en forma de un evento pequeño y tranquilo, como lo puede ser un campamento de retaguardia. De esta forma se daba la oportunidad de que aquellos alumnos que hubieran asistido al curso, si lo deseaban, realizaran su primera toma de contacto con el mundo de la recreación, con equipamiento prestado y en un entorno controlado.

El formato elegido en ambas ocasiones se alejaba de los combates y los gritos, se centraba en el concepto anglosajón del «living history [1]», y se acercaba más a lo que habría sido la vida en un campamento militar del verano de 1936. En él se mezclaron personajes civiles, milicianos, militares de carrera, enfermeras y cualquier elemento que podría esperarse encontrar un septiembre de 1936 en la zona de Monegros, incluyendo un pequeño puesto de mando, una enfermería, la sección de intendencia, una improvisada cantina o instrucción de los soldados. Se permitió el acceso libre durante todo el día, por lo que cualquier visitante pudo pasear libremente por el solar de la Calle Dicenta nº7, convertido ese día en una ventana por la que asomarse a 1936, charlar con los recreadores o participar en las diferentes actividades que se estuvieran realizando en el campamento.

El programa lo completaron otras actividades complementarias que ofreció el Ayuntamiento de Robres, como una exposición de material del bando sublevado en el Centro de Interpretación de la Guerra Civil que posee el pueblo, que hizo hincapié en la

propaganda y en el día a día, un concurso fotográfico temático sobre la recreación o un mercadillo popular en una de las plazas más céntricas del lugar.

Figura 1. Un capitán leal explica al jefe de milicias los movimientos que se van a ensayar. Al fondo, un sargento traslada las órdenes con un megáfono.



¿Por qué hacer un campamento republicano en los Monegros?

«El beneficio del recreacionismo, si se hace bien, es evidente: desarrolla la economía, crea un turismo de calidad, ayuda a fomentar la creación de empresas culturales, fomenta la participación ciudadana y despierta el interés por la historia y el patrimonio histórico y cultural.»

(Corral, 2019).

El punto de partida del proyecto es la sistemática recuperación, por parte de varios ayuntamientos, de restos arqueológicos relevantes de la Guerra Civil (búnkeres, trincheras...) que, a su vez, lleva a la creación de la I Ruta de Memoria Democrática «El Frente de Los Monegros». Esa era la materia prima adecuada para lograr tres de las metas que puede tener la recreación histórica: poner en valor el patrimonio, divulgar la Historia y dinamizar la zona, de pequeñas casas rurales y ocupación muy esporádica, muy perjudicada a nivel turístico por la pandemia. En definitiva, el punto de partida era hacer frente a la famosa «España Vacía» con la mejor arma que tiene el mundo rural: la cultura.

La recreación histórica es especialmente atractiva en el entorno rural, lejos de las ciudades, porque muchos de esos pueblos tienen rincones que han cambiado poquísimo desde 1936. Estéticamente se pueden encontrar construcciones tradicionales, calles poco alteradas o con escasa contaminación moderna. A diferencia de los grandes núcleos urbanos, los pueblos no tienen necesidad de señales de tráfico o semáforos, omnipresentes en las recreaciones que se llevan a cabo en las ciudades.

Se investigó y se encontró que en la zona estaba destinada La Columna Carlos Marx, que se había constituido por milicianos socialistas y comunistas de UGT y del PSUC [2], y salió de Barcelona el 25 de julio para dirigirse al Frente de Aragón. Sus mandos eran José del Barrio y Manuel Trueba, ambos de ideología comunista, razón por la que inicialmente se conoce a la columna con el nombre de «Columna Trueba - Del Barrio», pero

posteriormente queda nombrada oficialmente como «Columna Carlos Marx». El Cuartel General de la Columna Carlos Marx se ubica en Tardienta, pero se establecen puestos de mando menores en las localidades de alrededor, guarnecidas por la misma unidad. Estaba compuesta por tres regimientos: el primero se denominó *Cataluña n°1*, el segundo *Aragón n°2* y finalmente *URSS n°3*. Los tres regimientos serán la génesis de las futuras Brigadas Mixtas 122.^a, 123.^a y 124.^a respectivamente. Un cuarto regimiento, *Engels n°4*, integrado por milicias de aviación, tenía su base en el aeródromo de Sariñena.

En concreto, el regimiento *URSS n°3* tenía su plana mayor y compañía de reconocimiento en Robres, siendo sus batallones desplegados en la Sierra de Torralba (primer batallón), Sierra de Robres (segundo batallón) o mantenidos en reserva en la localidad de Senés (tercer batallón). Cada batallón mencionado tenía una fuerza de entre 500 y 700 hombres.

Se contabiliza que el regimiento *URSS n°3* tenía adjudicados 1618 fusiles *máuser*, 4 fusiles ametralladores Hotchkiss, 3 fusiles ametralladores de tambor, 9 ametralladoras Hotchkiss y 6 ametralladoras colt (Azcarazo, et. al. 2007). Además, contaba con un Grupo Mixto de Artillería integrado por dos piezas de artillería del 7,5 y cuatro piezas del 10,5, ambos grupos guarnicionados también en Robres. Dado su carácter técnico, muchas de las dotaciones de artillería eran soldados regulares leales a la causa republicana, solo que desposeídos de su carácter de ejército regular y enrolados en las columnas de milicianos a título personal. Además, a finales del verano, el 13 de septiembre, las filas gubernamentales son reforzadas por guardias de asalto de la 1.^a compañía del 14.^o Grupo de Asalto, provenientes de Barcelona. La idea era tapar huecos en el frente, con unidades bien entrenadas, entre la masa de milicianos. Estas unidades operan como apoyo, son poco numerosas y en ningún momento llegan a bascular el poder de las milicias, ya que se utilizan como punta de lanza.

Paralelamente, por la zona está operando la *British Medical Unit* (BMU), unidad médica compuesta de personal voluntario británico y catalán, enfermeras y médicos, en su mayoría. Inicialmente, la BMU está acantonada en Grañén pero, después de fuertes discusiones con el caudillo anarquista local, trasladarán su hospital de campaña a Poleñino en marzo de 1937. En la época recreada, la BMU no tiene ideología porque es una iniciativa civil, de carácter humanitario, basado en el juramento hipocrático de ayudar a los enfermos, independientemente de su bando. Conforme avance la guerra y se recrudezca el conflicto, solamente el personal más comprometido políticamente continuará ayudando, adquiriendo un carácter claramente de izquierdas.

Por su parte, el bando sublevado tiene una actividad igualmente frenética. Las exiguas fuerzas del ejército sublevado, en un contexto de baja motorización como el que tenía el ejército español, necesitan el apoyo de milicias locales para controlar el terreno. Se forman diferentes milicias de derechas que ejercen la labor de cuerpos de represión contra los sospechosos de pertenecer al bando contrario. De esta forma nace en Zaragoza una unidad que, aglutinando bajo el mando del falangista Manuel Lostaló Vidal a voluntarios de diferentes orígenes políticos se dedicó a eliminar físicamente a los adeptos a la causa republicana o revolucionaria (Martínez de Baños, 2010). Curiosamente, serían los encargados de reprimir a otra de las unidades recreadas: el Tercio Sanjurjo (Escribano, 2005). Durante el resto del año 1936 y el primer semestre del año 1937, la Séptima Bandera de Falange, conocida popularmente como *Falange de Lostaló*, combatió en el frente del norte del Ebro, ocupando posiciones en Perdiguera, Leciñena y la Sierra de Alcubierre (Martínez de Baños, 2010).

El Tercio Sanjurjo, aún hoy en día, es considerada una unidad maldita en la supersición militar. Formado en las confusas primeras semanas del conflicto, lo componían tres banderas de infantería legionaria: Bandera Ricardos, Bandera Palafox y la Bandera Valenzuela. Al mando de oficiales legionarios veteranos de fidelidad demostrada, enroló a muchos «voluntarios» izquierdistas que se encontraban en el lugar equivocado al estallar la guerra y que buscaban distraer la atención de su pasado mediante acciones patrióticas para la Nueva España. O simplemente sobrevivir lo suficiente como para cambiar de

bando. Por ello, pese a que su rendimiento general no fue malo, es una de las unidades que más desertiones experimentó durante su corta vida. Al final, ante la sospecha de una desertión masiva, fueron depurados y fusilados la gran mayoría de los integrantes de la Bandera Palafox y la Bandera Valenzuela. Los restos de las dos banderas, fusionadas como la *Bandera General Sanjurjo*, participaron los días 11 y 12 de octubre en la toma de la ermita de Nuestra Señora de Magallón, en Leciñena (Escribano, 2005).

Precisamente en el combate por Leciñena se une la *Columna Urrutia*, unidad creada por el Teniente Coronel Gustavo Urrutia González, una variopinta fuerza de choque que incluía el segundo batallón del Regimiento de infantería Galicia 19, un Batallón del Regimiento de Carros (de Zaragoza), el Tercio de requetés del Pilar, la Bandera Palafox del Tercio General Sanjurjo y la Bandera Móvil de Falange, además de batallones de apoyo de caballería, zapadores, ametralladoras y artillería (Martínez de Baños, 2010). Concretamente, el Regimiento de infantería Galicia 19, acantonado inicialmente en Jaca, se destacaría en la labor de represión de la ciudad. La primera misión de la *Columna Urrutia*, a mediados de septiembre, fue reforzar la posición de Estrecho Quinto y Siétamo pero, después de intensos combates, no tuvieron éxito. Tras el fracaso en Estrecho Quinto, fueron destacados a una ofensiva en Leciñena, que comenzaría el 10 de octubre y tenía como objetivo recuperar el pueblo, que había sido conquistado por milicianos del POUM.

Para finales de septiembre/inicios de octubre de 1936 la sierra de Alcubierre es un hervidero de actividad. El bando republicano tiene la variedad tan característica de las milicias, que ha perdurado en el imaginario colectivo, pero el bando sublevado no está mucho mejor cohesionado: requetés, falangistas, legionarios, la Mehal-la de Tetuán nº1... todos en revoltijo, apresurándose en frenar las columnas de milicianos que provenían de Cataluña y querían conquistar las tres capitales aragonesas. Durante los meses de otoño de 1936, ambos bandos intentarán conquistar y defender el territorio mediante fuerza bruta, golpes de mano y asaltos. Cuando el frío hizo su presencia las esperanzas de una guerra rápida se desvanecieron, y con ellas se adoptó una estrategia militar de conservación de fuerzas, basada en la defensiva en lugar de las ofensivas de infantería, y en la concentración de tropas como método de disuasión del adversario.

Durante el mes de octubre, las tropas de ambos bandos estuvieron atacándose prácticamente a diario, intentando consolidar posiciones más ventajosas que las de su adversario. En este periodo ambos ejércitos bautizan sus fortificaciones con nombres evocadores, como la posición *Pasionaria* en la Sierra de Robres (*La Imposible*, para los sublevados, debido a que sufrieron numerosas bajas en varias ocasiones sin llegar a tomarla) (Martínez de Baños, 2010) o la posición San Simón, en el Puerto de Alcubierre, denominada así en honor al cabo legionario que la defendió del ataque de las milicias del PSUC, habiendo muerto el resto de mandos de su sección. Ambos bandos crean una onomástica para referirse a sus propias posiciones, y a las del adversario, con nombres inspiradores que refuercen el sacrificio, el bagaje político y los actos de heroísmo.

Los combates tuvieron una intensidad especialmente alta en el mes de octubre, marcados en un contexto propagandístico en el que las zonas sublevadas y legitimista ya habían quedado definidas, y se trataba de proyectar fuerza ante el adversario y cierta legitimación mediante la rápida conquista (o «liberación», dependiendo de la óptica del cronista de los hechos) de terreno. Conforme los frentes quedaron estabilizados, y las tropas apostadas se hicieron más numerosas, los combates descendieron a lo largo del mes de noviembre y, cuando cayó el invierno en diciembre, los montes de Robres y Alcubierre se habían convertido en una posición estática más de la Guerra Civil Española.

Por lo tanto, teníamos una población (Robres) que había sido acuartelamiento de retaguardia inmediata para los soldados que estaban combatiendo en las sierras cercanas, posiciones más fácilmente defendibles por su orografía y altura. Por su parte, las tropas sublevadas gozaban de una relativa cercanía a Zaragoza y, cuando el frente aragonés colapsó en la primavera de 1938, no necesitaron ni acuartelar ni establecer un centro de suministros en el pueblo. La lógica nos llevaba por un camino muy claro: de recrear un campamento, ese tendría que ser republicano. Las tropas sublevadas no

llegaron a estar acuarteladas largo tiempo en Robres, el pueblo en el que se celebraba la recreación, al contrario que sus homólogos del bando republicano. Un campamento franquista carecería de sentido, ya que sus tropas solamente habían estado de paso, continuando una ofensiva caracterizada por su gran velocidad.

Figura 2. Milicianos haciendo instrucción militar al mando de un sargento leal del ejército.



Los problemas de la recreación de Guerra Civil

«De todos los frentes establecidos en Aragón, los verdaderos privilegiados eran los del PSUC. Eso en lo que concierne al terreno, medios de transporte, etc. Pero donde se ha de recalcar en caso, es en el suministro del armamento, que se puede decir no les faltaba nada de nada y gozaban de todas las garantías que requiere un ejército regular. Fusiles, ametralladoras, fusiles ametralladores, morteros, cañones, granadas de mano, y cuando el caso lo requería, visita de la aviación republicana de Sariñena.»

(Trallero, 2009)

La Guerra Civil tiene numerosos problemas a la hora de trasladarse al plano de la recreación histórica. El primer borrador de este texto se comienza a escribir en abril de 2022, con la Guerra de Ucrania presente al inicio de todos los informativos televisivos y causante de una reflexión a todos los recreadores: ¿se pueden recrear episodios bélicos cuando hay una guerra en el patio trasero de Europa? ¿se pueden teatralizar batallas cuando en todas las cadenas informan de nuevas fosas comunes descubiertas en Ucrania?

La respuesta es un rotundo sí.

Se puede, y se debe recrear Guerra Civil en momentos como éste. A diferencia de otras épocas, la recreación de la Guerra Civil tiene un componente incómodo. No posee el atractivo cinematográfico que tiene la Segunda Guerra Mundial, ni los uniformes coloridos y bonitas banderas de las Guerras Napoleónicas. La Guerra Civil Española supone un trauma, aún sin digerir por nuestra sociedad. A diferencia de otros periodos históricos, sobre nuestra guerra no planea el romanticismo de lo bélico, tan extendido en otros periodos. La opinión unánime es que la Guerra Civil fue sucia, traumática, y lejos del ideal militar.

La Guerra Civil Española supone un legado similar al de la Primera Guerra Mundial para Francia: Inicialmente, el conflicto es celebrado como un triunfo por el nacionalismo francés, justificando así la monumental pérdida de vidas en pos de la supervivencia de la patria y en contra del invasor, que no pertenece a esa construcción nacional. Los ingleses acuñaron el término *jingoism* para referirse a ese patriotismo exaltado que defiende la agresión del contrario, y que tan buen ejemplo tiene en las teorías del *Lebensraum* nazi (Casanova, 2011).

En el caso francés, esa visión ultranacionalista quedó obsoleta pronto. En el caso español tardó casi cuarenta años en superarse la retórica de glorificación de la violencia y el martirio, tan propios del franquismo. Aún con la diferencia temporal, en la actualidad ambos conflictos han quedado revisados como hechos traumáticos para el país, que marcaron psicológicamente a toda una generación (Alegre, 2018).

La Guerra Civil supone el fracaso de la paz y de la democracia, y el triunfo, usando una expresión de la época, de la *dialéctica de los puños y las pistolas*. Por lo tanto, es muy difícil celebrar, pero si se puede conmemorar, para que el ejemplo del pasado nos advierta en el presente. Por lo tanto, en contra de lo que pueda parecer a simple vista, la Guerra Civil Española es un medio tremendamente útil e interesante de explorar en cuanto a la recreación histórica, en tanto que supone el culmen de lo antibélico para la gran mayoría de la sociedad española. Recrear Guerra Civil Española puede ser la mejor herramienta para desterrar la visión romántica de la guerra y crear una conciencia social que rechace la glorificación militarista.

Problemas comunes

En la recreación de Guerra Civil existen problemas comunes, presentes también en las recreaciones de otras épocas. En primer lugar, la recreación histórica está concebida como algo festivo, lúdico, y relacionado con celebrar positivamente algún acontecimiento histórico. Los mercadillos medievales, erróneamente conceptuados como «recreación histórica», tienen mucha culpa de esto, y han dejado un poso cultural que identifica la recreación histórica con una fiesta de disfraces, en la que se celebra tal o cual victoria del pasado, y cuya principal función es pasárselo bien vestido de forma estrafalaria.

Muy en la tónica de lo explicado en el párrafo anterior, y especialmente esclarecedor al respecto, existe una anécdota personal. Estando en una ocasión colocando carteles por la Universidad de Zaragoza de la segunda edición del curso «*Public history: Guerra Civil, recreación histórica y puesta en valor del patrimonio*», un señor, maduro ya, me había seguido por todo el campus universitario arrancando los carteles que hacía escasos minutos había colocado en los corchos y, cuando fue confrontado por su comportamiento, se limitó a justificarse diciendo «ya se sufrió mucho en su momento como para celebrar esas cosas». Probablemente ese señor desconociera el concepto de *public history*, *living history* o las mecánicas propias de la divulgación, pero tenía en el cerebro una imagen muy clara de lo que era recrear. Y esa imagen de la recreación pasaba por relacionarla con un ambiente festivo, más cercano a los famosos mercadillos medievales (que tanto abundan por toda la geografía española), impropio para un drama como era la Guerra Civil. Acerca de la dimensión política, como problema a la hora de recrear, ahondaremos en el siguiente apartado. Por ahora nos seguiremos centrando en otros problemas similares a los experimentados en otras épocas.

En primer lugar, existe toda una problemática relacionada con el género de los participantes en las recreaciones. Tradicionalmente, la recreación más extendida ha sido la recreación militar, y principalmente se han recreado batallas y hechos de armas. En esos momentos, la mujer tenía nulo o escaso peso, y por ello, a la hora de recrear esos episodios se tiende a discriminar a la recreadora, porque el mundo militar era esencialmente un mundo masculino. Esa discriminación no tiene por qué pasar por la exclusión del evento, pero con asiduidad pasa por la masculinización como condición básica para participar en los combates, o asumir papeles «secundarios» complementarios, cuando no se está recreando batallas.

Es muy común también el problema del saber heredado de los recreadores veteranos, y especialmente flagrante en una época tan cercana como la Guerra Civil. En todas las épocas existen una serie de conocimientos equivocados que se han ido perpetuando por el boca a boca, por el culto a la tradición del recreador experimentado y el «siempre se ha hecho así». Ejemplos de esto último pueden ser el uso de camisas caqui como reglamentarias, pese a ser de posguerra, y la contaminación en la instrucción del soldado (con posteriores estilos a la hora de dar las órdenes o de hacer los movimientos) en aquellas personas que hicieron el servicio militar. Los problemas relacionados con el enfrentamiento entre los recreadores académicos, con una visión científica y divulgadora, y recreadores que no pertenecen al mundo académico, que solo tienen una intención lúdica, son comunes a todas las épocas. Sin embargo, si se persigue una intención divulgadora, la opinión del primer grupo debería ser la que prime en el conflicto.

También hay otros problemas menores, relacionados con aspectos que escapan al alcance del recreador y los cuales no está en su mano arreglar. Un ejemplo de esos problemas podría ser los relacionados con la legislación actual de armas o con el medio ambiente. En el primer caso, el marco nacional de la legislación española hace muy restrictivo el uso de armas, incluso estando inutilizadas, y eleva el precio de compra de dichas armas, creando una barrera económica infranqueable para muchas personas que quieren iniciarse. Esa carencia de armamento provoca que se dependa muchísimo en petardos y pirotecnia, lo que sumado a que la mayoría de recreaciones se producen en el periodo estival, hace que exista un peligro medioambiental en forma de pequeños fuegos provocados por los petardos y granadas. Ambas desagradables situaciones, también son compartidas por recreadores de otros periodos, como los de Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, ahondando en el problema legal, podemos comprobar que la legislación actual restringe enormemente el uso de armas de fogueo, razón por la cual se ha instaurado muy hondo en el ADN de la recreación los intercambios de granadas, como método de hacer ruido. Estos lanzamientos de granadas se hacen de manera descoordinada y aleatoria, cuando el recreador que las porta cree que puede ser oportuno, y no dejan de ser petardos envueltos en algún polvo (ceniza, talco...) dentro un envase de cartón fácilmente destructible. El resto de armamento lo componen armas cortas de alarma y señales [3] y armas largas originales, modificadas para disparar fogueo antes de la legislación vigente [4]. Una recreación de Guerra Civil Española contrasta vívidamente con, por ejemplo, una recreación de la Guerra de la Independencia: en el primer caso la batalla es «silenciosa», mientras que en el segundo las descargas de fusilería o cañones se hacen notar en los oídos de los asistentes.

Problemas específicos

El principal problema de recrear Guerra Civil, y el más llamativo, es el político. En una guerra con una dimensión política tan evidente, abordar ese tema es hablar del «elefante en la habitación». Al igual que el enfrentamiento en Ucrania, que tiene un claro componente de guerra civil, en el que se están enfrentando dos cosmologías nacionales completamente diferentes (la pro-rusa y la pro-europea), la Guerra Civil Española tiene dos bandos difícilmente reconciliables. En un contexto de reparación del bando vencido y de unos primeros pasos que limitan la exaltación del bando vencedor, hay un pequeño sector de los recreadores que recrean para hacer apología del franquismo impunemente, escudándose en las propias dinámicas de la recreación histórica. Dichas personas se pueden reconocer fácilmente por su actitud agresiva hacia el bando republicano, y su comportamiento puede ser un problema a la hora de gestionar un evento, y por recrear solamente el bando sublevado. Fanáticos del bando republicano también existen, pero suelen ser menos problemáticos que los del bando franquista. En ambos casos, el extremismo político empuja a recrear no por un afán divulgador, sino para vivir una fantasía de matices históricos, en las que pueden «matar» y «morir» por unos ideales en un entorno seguro, que no pone en peligro su integridad física.

Además, en recreación de Guerra Civil hay un problema que no comparten otras épocas: los coleccionistas. Es impensable que un recreador napoleónico o uno medieval utilicen materiales originales a la hora de recrear y, sin embargo, en Guerra Civil numerosos recreadores (normalmente los más veteranos) presumen de poder recrear con material original. En el caso de elementos metálicos (como cascos, armas o hebillas) se trata de elementos duraderos que pueden soportar su uso y abuso en una recreación, no en vano el material del que están fabricados es fuerte y duradero. Sin embargo, también incluyen en el mismo nivel los elementos más frágiles, como las telas o los papeles. En eventos como museos vivos o campamentos, el empleo de materiales originales no debería peligrar, ya que se hace un uso «suave» de los materiales, enfocado a su dimensión expositiva. En el caso de usar materiales originales en batalla, estamos ante un panorama completamente diferente, en el que no se puede controlar el nivel de esfuerzo al que se van a ver sometidas las piezas, pudiéndose romper o deformar durante el trascurso del evento, con toda la pérdida que conlleva en su dimensión material.

Ese problema está muy relacionado con el problema del saber heredado mencionado en el anterior apartado. Prácticamente la totalidad de los coleccionistas formulan hipótesis interesadas e interpretaciones parciales, de forma que sus deducciones consoliden sus propias teorías, en función de las piezas de sus colecciones. Dicho de otra forma, a partir de una única fuente (una prenda de uniforme, por ejemplo) establecen unas deducciones que podrían refutarse fácilmente acudiendo a las fuentes primarias y secundarias. Es el caso de la camisa reglamentaria del ejército español cuando estalla el conflicto, oficialmente es blanca, para llevar debajo de la guerrera como prenda interior. Sin embargo, muchos coleccionistas se empeñan en hacer reglamentaria la camisa caqui de posguerra mediante un acto de fe, pese a que las fuentes gráficas y escritas dicen lo contrario.

Para finalizar con los conflictos específicos de Guerra Civil, podríamos enumerar aquellos relacionados con la apariencia. Por supuesto, y tal y como ocurre en todas las épocas, existen los problemas derivados de los farbs [5], pero en el caso específico que nos compete, el «fue una guerra de pobres» y el «todo se usó» se repiten como mantras para justificar elementos anacrónicos o erróneos. Es de sobras conocido que la recreación histórica, si no se hace con rigor, tiene el peligro de caer en lo carnavalesco; y si no posee una intención didáctica termina siendo simplemente un desfile de modelos de ropa antigua. En este último asunto se podrían poner miles de ejemplos. Desde el uso de camisas militares de los años ochenta (las denostadas camisas de la primera etapa de nuestro ejército dentro de la OTAN) hasta equipamiento moderno comprado en tiendas de caza, pasando por la omnipresente (y barata de conseguir, por su abundancia) indumentaria y equipamiento franquista de los años cincuenta y sesenta. Ese fácil acceso de prendas que son lo «suficientemente» parecidas para el ojo inexperto es un talón de Aquiles que no comparte la recreación de otros periodos, acostumbrados a encargar réplicas a medida (napoleónico, Siglo de Oro...) o para los que hay un mercado de reproducciones ya asentado (medieval, Segunda Guerra Mundial...), y será siempre una manía muy difícil de quitar en los círculos menos comprometidos con la recreación de la Guerra Civil Española.

Muchos recreadores usan esas prendas por cuestiones puramente económicas, ya que todas comparten una característica esencial: son baratas de conseguir. La gran mayoría de esos recreadores usan argumentos del tipo «en la guerra se usó lo que había» y la clásica excusa del mundo de la recreación, consistente en el odiado « demuéstreme que no se usó algo similar » para justificarse. El fácil acceso a prendas similares, pues la estética militar no ha evolucionado demasiado en estos últimos cien años, ha empujado al recreador mediocre a buscar sus uniformes entre los excedentes militares de las últimas décadas. Su fácil compra en mercadillos o en internet ha supuesto un problema para el recreador serio, que tiene que modificar prendas existentes para hacerlas más adecuadas estéticamente o, directamente, encargar ropa con los patrones adecuados a sastres y costureras.

No quisiera terminar de hablar de la estética de la ropa sin mencionar la estética en general del recreador. La apariencia de una persona normal y corriente durante los años 30 es bastante diferente en muchos aspectos a la apariencia a la que estamos acostumbrados en nuestro día a día. Los hombres llevan el pelo corto y peinado con una raya muy marcada, en las ocasiones especiales se puede usar ceras y gominas para apelmazarlo y mantenerlo peinado hacia atrás. El vello facial suele desaparecer cuanto más formal y distinguido es el círculo en el que se mueve la persona: las barbas son propias de ancianos o de gente «pasada de moda», los bigotes son finos y pegados al labio, sin llegar al exagerado bigote-línea de los años cuarenta. Las clases populares suelen ir peor afeitadas que las burguesas. Por su parte, las mujeres llevan casi siempre el pelo corto, siendo los hombros el límite de largura, y recogido. Los peinados posibles son muchos, pero casi siempre son hacia atrás, dejando la frente a la vista, con una raya muy marcada que no tiene miedo a enseñar el cuero cabelludo. Las chicas jóvenes lo suelen llevar ondulado o rizado, cogido con pinzas sobre uno de los lados, mientras que las mujeres maduras se deciden por moños, peinados menos trabajados y más sencillos. El uso del maquillaje cotidiano entre las mujeres es discreto, y el elemento más popular es el carmín de labios. Las joyas y la bisutería son escasas; collares, pulseras y anillos brillan por su ausencia. La gran mayoría de las mujeres de la época ni siquiera tienen agujeros en las orejas que delaten un uso cotidiano de los pendientes, tal y como podemos ver en las fotografías.

Finalmente, tenemos que hablar de un arma de doble filo, que podría ser considerada tanto un aspecto positivo como uno negativo. La Guerra Civil ha gozado de una característica que no tienen sus contrapartidas más antiguas: la de poder acceder de primera mano a los testimonios orales de los protagonistas. Como es bien sabido por los historiadores, las fuentes orales suelen tener, consciente o inconscientemente, un componente de autojustificación. Los libros de memorias, en tanto que son testimonios subjetivos, rara vez son imparciales. Con asiduidad los protagonistas de esas memorias han asumido la propaganda de uno u otro bando, dependiendo de con quién le tocara luchar, o muestran mecanismos psicológicos de defensa totalmente legítimos después de haber vivido una guerra. Por ejemplo, una característica en la que muchos de los testimonios de combatientes coinciden es en justificar que dispararon activamente y participaron en batallas, sí, pero que ellos no mataron a nadie, cosa que en la realidad se torna bastante improbable.

Conocer las debilidades y defectos que puede presentar la recreación de Guerra Civil es esencial para contrarrestar esos problemas, si da la casualidad de que se presentan a la hora de diseñar un evento. Sobre su importancia, a la hora de elaborar un proyecto de recreación, hablaremos en el siguiente apartado.

Figura 3. Milicianos y soldados practicando el lanzamiento de bombas de mano con granadas *lafittes* de instrucción.



El proyecto

«No fue una marcha muy larga porque, aunque en el pueblo de Robres había población civil, el frente no se encontraba lejos. El pueblo se encontraba muy bien resguardado por la sierra de Alcubierre.

Llegamos a las trincheras y a mi pelotón lo mandaron al parapeto del Negus, que estaba situado en el monte más alto de aquella sierra y que nos costó trabajo escalar.

El parapeto era una fortificación circular rodeada de alambradas de espino, y en las trincheras estaban las chabolas para dormir y descansar. Se hizo el relevo, y los hombres que marchaban relevados tenían la barba muy crecida, parecían mis padres; salieron corriendo monte abajo demostrando alegría y gastándose bromas entre ellos.»

(Morales, 2009)

Las posibles soluciones a los problemas

Como ya hemos visto en el apartado anterior, existen numerosos problemas relacionados con la Guerra Civil, que se hacen más evidentes cuanto más tradicional es la forma de diseñar el evento [6]. Las diferentes asociaciones han refrescado la fórmula y han reflexionado sobre las dificultades existentes, estableciendo conclusiones e intentando solventar lo mejor posible los problemas identificados. En el caso que nos atañe, la conclusión del análisis de los problemas identificados nos llevó por un camino claro: la recreación de un campamento podría ser la respuesta que necesitábamos.

Un campamento trasladaba el protagonismo a la vida cotidiana, y dejaba en un segundo plano a la operación militar. Permitía, también, un ritmo más pausado y menos frenético, beneficioso para que los recreadores estuvieran más relajados y se permitieran interaccionar tranquilamente con los visitantes, sin la presión encorsetada de planificar una batalla. Además, añadía espacios que, de realizarse únicamente una batalla, quedarían marginales o, directamente, no aparecerían, y en los que se podría incorporar a las recreadoras femeninas, como personal civil o sanitario.

De igual forma, al no tener las armas el total protagonismo, se hacían menos evidentes las limitaciones que tiene la recreación de Guerra Civil Española a la hora de armamento. Tal y como se ha explicado, se carece de medios armamentísticos para recrear el ruido de una batalla, y es bastante común que se disimulen las pistolas de fogeo en empleos que históricamente no las empleaban, como el de sargento, y se haga amplio uso de petardos y pirotecnia, ambos casos como el «mal menor» tolerado para evitar que una recreación quede como un espectáculo mudo. El difícil acceso, y poco inasequible, a modelos de armas usadas en la época hace que proliferen armas que guardan una similitud estética, pero que no se usaron en el conflicto, como pueden ser las réplicas inertes fabricadas por diversas marcas especializadas, que se adquieren fácilmente y a precio asequible.

Por ello, el campamento proyectado podía solventar ambos problemas, el del ruido y el del acceso a armas históricamente correctas. Al no existir una batalla como tal, no existía la necesidad de hacer ruido, usar pirotecnia o disparar fogeo. El uso de armas inutilizadas se limitó a las personas que recreaban personajes con pasado en el ejército regular, que hacían de instructores, mientras que aquellos que recreaban milicias o civiles hacían de alumnos. Alternativamente, se emplearon armas de instrucción (fusiles fabricados en madera, de manera sencilla y efectiva, para reproducir el perfil del arma) suficientes para mantener una escuadra (18 recreadores) realizando ejercicios de instrucción en orden cerrado. También se elaboraron en madera granadas de instrucción, con las que se practicó el lanzamiento en un pequeño campo de tiro, en el que también se permitió a los visitantes poner en práctica sus brazos. La idea era no solamente demostrar al público actividades que podrían realizarse en un campamento durante la Guerra Civil, sino animarlos a integrarse en esas actividades y participar ellos mismos. Como nota

anecdótica, las actividades también permitieron a los recreadores practicar ya que, con los primeros lanzamientos, dos granadas de instrucción terminaron en el tejado de una de las casas bajas cercanas.

De igual forma, el campamento ampliaba el espectro de recreación, que sobrepasaba lo netamente militar y permitía incorporar a recreadoras ejerciendo roles femeninos de la contienda, sin necesidad de masculinizarse para hacer de soldados ni pasar a un plano secundario para no interferir durante la batalla. En otras palabras, un campamento permitía tener recreadores civiles de ambos sexos, perfectamente integrados en las acciones que se llevaban a cabo. De esta forma, las recreadoras podían incorporarse como enfermeras (en el expositor de sanidad) o como profesoras/alumnas (en el expositor de escuela). En cualquiera de los dos casos, podían ejercer sus roles sin tener que hacerse pasar por hombres, aportando una visión femenina al conjunto del campamento.

En definitiva, el formato de campamento ayudaba a crear realismo y permitía explorar dinámicas didácticas que no podían existir si se recreaba un simple hecho de armas. Facilitaba, asimismo, integrar a las recreadoras y disimulaba algunos de los problemas que la recreación de Guerra Civil lleva arrastrando desde sus inicios; además, el tiempo más pausado favorecía la interacción entre recreadores y visitantes, dando un trato más cercano y personal a todo el evento. Finalmente, el campamento concentraba los recursos humanos en un mismo lugar, dejando el museo de la localidad, con espacio para admitir exposiciones, como ubicación en la que concentrar los recursos materiales del bando sublevado, estableciendo un discurso comparativo entre los dos bandos representados en el campamento o en el museo.

Las nociones básicas a recrear

Una vez establecidas las hipótesis sobre las que fundamentar el proyecto, se comenzaron a redactar las nociones básicas para el recreador. No solamente aquellas referentes a la indumentaria, sino también aquellas referentes al espíritu de lo que se pretendía recrear y la información que se buscaba transmitir. Estas dinámicas estaban fuertemente influenciadas por los preceptos del *living history*, de tener una dimensión sensorial de la Historia y alejarla de la frialdad de los textos. Y es que los objetos nos generan empatía, y pueden provocar un interés que no producen los escritos, no en vano hay un refrán popular que ilustra perfectamente esta idea: una imagen vale más que mil palabras.

Estos preceptos no son novedosos, y fueron elaborados por María Montessori a principios del siglo XX, que creía que se podía llegar a un autoaprendizaje lúdico si se tenía acceso a objetos con los que experimentar. De esta manera se creaba una impronta mayor en la memoria, en comparación con la simple explicación teórica, ya que el proceso de aprendizaje había sido gratificante, particular y significativo. En las interpretaciones más radicales, el objeto puede tener tanta importancia que puede llegar a reemplazar al propio educador (Britton, 2017).

Es por eso por lo que la recreación histórica es especialmente interesante, no solo para el propio recreador (que *experimenta* su equipamiento) sino también para el visitante, que puede interaccionar con el equipamiento de forma que no podría percibir de estar expuesto tras la vitrina en un museo. Aquellas personas que pasaban por el campamento podían participar en las actividades, tocar, preguntar y, sobre todo, *experimentar* con restos materiales originales (o reproducciones lo más fidedignas posible) de objetos reales. Tal y como queda recogido en *La Guerra Civil española a través de los objetos* (Santacana, et al., 2022):

Los objetos que inevitablemente nos rodean, los que nos sobrevivan, hablarán de nosotros cuando no estemos, de la misma forma que hoy los objetos de la Guerra Civil nos hablan de este acontecimiento pasado. En consecuencia, de todo lo dicho,

podemos deducir que los objetos, todos los objetos, siempre contienen información sobre su función, historia y significados. Por ello, aprender a leerlos, a descodificar sus significados, puede ser una tarea especialmente útil para la Historia y para su enseñanza y aprendizaje.

El *Campamento de Guerra Civil de Robres* también contiene algunos elementos de la arqueología experimental. No se podría considerar estrictamente arqueología experimental, ya que no pretende sistematizar las conclusiones, que no van más allá de hipótesis personales. Sin embargo, sí que hay un enorme componente sensorial y experimental, que el recreador puede transmitir a los visitantes porque lo ha experimentado en primera persona. ¿Cómo podría ser la guerra en aquel caluroso verano de 1936? ¿Cómo de mal lo habría pasado un soldado real si, a diferencia del recreador, no hubiera tenido a su disposición toda el agua que necesitaba? ¿Qué habría ocurrido si los momentos de descanso hubieran sido interrumpidos por una alarma, o unos ejercicios de instrucción sin sombra accesible? Se tiende a pensar en la guerra como algo abstracto, que simplemente existe, se tiene siempre presente el componente dramático del *pathos* y del drama que significa la pérdida de vidas humanas, pero se olvida el componente humano, también, que representan las necesidades fisiológicas del combatiente: alimentación, hidratación, seguridad... y que, solamente metiéndose en el uniforme y la situación, aunque sea en el entorno controlado y seguro de una recreación, es capaz de experimentarse.

Se analizaron fuentes primarias, como las carpetas digitalizadas en la Biblioteca Nacional de España y algunos libros de apoyo, como *Almas Vivas* (Wainman, 2017), y se establecieron directrices que ayudaran a los recreadores a completar sus atuendos y sus roles dentro del campamento. Divididas en las diferentes unidades, fueron las siguientes:

— Columnas de milicianos (Columna Carlos Marx)

Las prendas de cabeza posibles son variopintas, en el lado civil aparecen las boinas y las gorras blandas. Por el lado militar se ven gorrillos cuartereros con borla, en muchos casos modificados y personalizados por los milicianos, en los que pueden aparecer escritas consignas políticas o letras metálicas con lemas (MA para «milicias antifascistas», UHP, UGT, etc.). Los más afortunados hacen uso extensivo de cascos Trubia con ala, únicamente, sin aparecer cascos extranjeros aún.

La ropa es eminentemente civil. Los pantalones son rectos, pero se diferencian de los actuales en que las perneras caen rectas, tubulares, sin dar forma a la pierna. De tiro alto, llegan hasta la zona del ombligo. Los colores varían, pero predominan los marrones, grises y colores oscuros, todos en tonalidades discretas. Alternativamente, aparecen también monos caqui reglamentarios personalizados con insignias políticas en el pecho.

Para el torso, la mejor prenda son las camisas blancas y de tonos crudos. No poseen bolsillos en el pecho, y son amplias, similares a blusones. También se ven camisetas de tirantes holgadas, no ceñidas al cuerpo como las actuales. Las telas suelen ser linos o algodones. Pueden tener cuello tradicional o no tenerlo (cuello Mao). El mejor consejo respecto a estas prendas, es conseguirlas una o dos tallas más grandes, para que queden amplias como en la época. No llevan brazaletes políticos.

Otras prendas que se pueden usar, pero con moderación, podrían ser los petos (no monos) azul oscuro de obrero o los pantalones granaderos. En el primer caso, porque las milicias del frente aragonés son eminentemente campesinas y no industriales. Respecto a la segunda prenda, porque deberían reservarse para aquellos que recrean los militares, tanto leales como sublevados.

En cuanto al calzado, lo mejor y más fresco son las alpargatas tradicionales, aunque algunos de los milicianos llevan borceguíes reglamentarios del ejército. Relativo a los correaes, todo debería ser de origen español. Esto es, sistema *Carniago* (completo o incompleto), en color avellana. También pueden usarse correaes de artillería, unos

correaes modelo *Sam Browne* especial para llevar con hebilla reglamentaria y una única cartuchera de *Carniago*. Dicho lo cual, se puede usar cualquier tipo de hebilla estampada.

Fusiles, son válidos cualquiera de los tres modelos de *Máuser* español (largo, corto y tercerola). La carabina *Tigre* también puede estar presente.

Los mandos y oficiales no se diferencian demasiado de los propios milicianos, y simplemente incorporan correaes *Sam Browne* como seña de identidad y lucen una mayor decoración política que sus compañeros.

— La *British Medical Unit*

La *British Medical Unit* fue una unidad anglo-española que operó primero en Grañén y después en Poleñino, tras una agria disputa con el cabecilla anarquista local. Estaba nutrida por personal voluntario de la angloesfera, así como médicos civiles españoles. Su «uniforme» se rige por las mismas reglas que el del miliciano, con abundancia de ropa civil.

Llegados a este punto, podemos diferenciar entre personal masculino y personal femenino. En la época que recreamos, el personal femenino suele llevar vestidos de tonos claros, sin mangas, con delantales blancos a juego. El pelo corto y recogido. El calzado puede ser alpargata tradicional o zapatos, siendo estos últimos sencillos, abiertos, de cuero, planos o con poco tacón. No llevan cofia ni brazaletes con simbología de la Cruz Roja o de Sanidad Militar, ya que no pertenecen a ninguna de las dos entidades. En general, las enfermeras llevan una indumentaria civil cómoda, primando los colores claros y los patrones sencillos.

Por otra parte, el personal masculino también viste ropas civiles (camisas amplias, pantalones rectos) y luce un aspecto sencillo, pero limpio y cuidado. Los tonos de la ropa de los hombres son más variados. En las memorias se menciona que llevan batas durante las intervenciones, aunque en las fotos distendidas que se han conservado no aparezcan vistiéndolas. Como las mujeres, suelen llevar la cabeza descubierta, aunque en el caso de los hombres aparece de vez en cuando alguna prenda sencilla como boinas o sombreros. El calzado se compone de alpargatas, tradicionales o de loneta.

En líneas generales, tanto hombres como mujeres utilizan prendas frescas, y tienen muy bajo grado de militarización, predominando las prendas civiles.

— 1ª compañía del 14º Grupo de Asalto

El 13 de septiembre, provenientes de Barcelona, llegan a la zona del Puerto de Alcubierre dos compañías del 14º grupo de Asalto (Martínez de baños, 2010). Su labor es apoyar a las fuerzas milicianas de manera profesional, ya que los Guardias de Asalto estaban bregados en el combate y habían recibido instrucción suficiente. Operan como una unidad “de élite” (por lo menos, comparados con los milicianos) de unos 500 hombres, manteniendo sus rangos y mandos propios.

Su indumentaria era la indumentaria de faena reglamentaria por aquel entonces para verano: mono gris azulado con botones metálicos o de madera, gorrillo cuartelero, correaes *Carniago* en avellana con hebilla lisa y zapato negro. Alternativamente podrían llevar las características gorras de plato, monos caqui, cascos *Trubia*, y correaes *Mills* o *Carniago* de cuero negro, o la combinación de camiseta de tirantes y pantalón recto del uniforme de Guardia de Asalto.

Los botones de los monos no son los reglamentarios en metal con su brillo característico, sino que en las fotos aparecen más apagados, señal de que posiblemente se hubieran cambiado a contrapartidas de madera o pasta. Los monos no llevan hombreras. Además de los dos bolsillos planos y cuadrados del pecho, tienen dos bolsillos, sin tapeta, de un tamaño bastante grande, en las caderas, y otro trasero, también sin tapeta. En

cualquier caso, llevan el parche bordado con el escudo característico de la Guardia de Asalto en el pecho. En el cuello del mono no hay insignias.

Los gorrillos son los reglamentarios, en color azul oscuro, con vivo y borla en color blanco. En el frontal, llevan la insignia metálica correspondiente.

— Batallón de montaña Madrid nº5

El Batallón de montaña Madrid nº5 [7] estaba destinado en la Seu d'Urgell cuando estalló la Guerra Civil. Aunque oficialmente fue disuelto por la República junto al resto del ejército, algunos de sus componentes se enrolaron en las diferentes columnas de milicianos a título personal. Los oficiales más cercanos a la sublevación huyeron a Andorra, y desde allí pasaron a Navarra, el resto de oficiales leales nutrieron las filas de la División Carlos Marx, y luego ingresarían en las diferentes Brigadas Mixtas que surgirían de la militarización de las columnas de milicianos (Engel, 2005).

La uniformidad del Batallón de montaña Madrid nº5 es la reglamentaria para la infantería de montaña en aquel momento: Uniforme reglamentario del reglamento de 1926 (guerrera y granaderos), con camisa blanca debajo de la guerrera. Respecto a la cabeza, alguna boina caqui amplia, gorrillo con borla y vivos verdes, o casco *Trubia*. Para los pies, alpargatas o borceguies. Podría contemplarse la posibilidad de que se incluyeran soldados de infantería (vivo y borla roja) para simbolizar los soldados republicanos que se habían quedado sin unidad y se adscribían a las columnas que partían hacia el frente. El uniforme lo completan correajes *Carniago* o correajes de artillero, ambos modelos en color avellana y usados con hebilla de infantería.

Los soldados leales han roto su uniformidad, y no tiene por qué ser tan rígida como sus contrapartidas sublevadas. Las camisas pueden ser cambiadas por camisetas de tirantes, pueden no llevar guerrera, y excepcionalmente pueden usar pantalones civiles en vez de granaderos... en cualquier caso, debería ser equilibrado para poder diferenciar a simple vista los militares profesionales de los milicianos. Por ejemplo, si alguien lleva camiseta de tirantes, que se combine con granaderos y gorrillo.

El equipamiento lo completan utensilios de campaña que no tienen sus contrapartidas sublevadas. Mientras que los sublevados tenían la ciudad de Zaragoza cerca como centro de suministro, las tropas gubernamentales, especialmente en la guerra de columnas, no sabían cuando iban a ser reabastecidas. Por eso las tropas gubernamentales presentan cacillos y cantimploras reglamentarias, platos o mochilas.

El desarrollo

El proyecto de realizar el *Campamento de Guerra Civil de Robres* surgió como la necesidad de dar una dimensión práctica a toda la carga teórica abordada en los días anteriores, bajo la tutela de la Universidad de Zaragoza, y en coordinación con el curso de verano «*Public history: Guerra Civil, recreación histórica y puesta en valor del patrimonio*». De esta forma, los asistentes podían experimentar y poner en práctica todo lo que habían oído en las conferencias los días anteriores.

Por ello, se intentó dar libertad a los recreadores para crear sus personajes, dentro de un marco cronológico y geográfico determinado. Se instruyó a los recreadores asistentes sobre las características de las unidades que estaban destinadas en ese frente en la fecha recreada, que concretaremos más adelante y se les propuso involucrarse en la propia narrativa del evento. Pronto surgieron diferentes escenas, propuestas por los propios recreadores: Un interrogatorio a un prisionero del otro bando. Un accidente durante las maniobras que requiere de la atención de los servicios sanitarios. Una clase de geografía interrumpida por explicaciones tácticas a los soldados. Un nuevo cargamento de armamento cuyo funcionamiento tiene que ser explicado a los milicianos más bisoños. Para aquellos recreadores más tímidos, o que no se veían con la confianza suficiente

como para interpretar un personaje delante del público, se les distribuyeron las siguientes directrices en función del rango que iban a recrear, siempre buscando que el galón fuera otorgado por responsabilidad y habilidad, y no por simplemente estética:

—La labor del oficial: es la labor de los organizadores: velar por el buen funcionamiento del evento en general y del campamento en particular. Su galón de oficial le permite solventar cualquier situación que surja en el devenir del evento, existiendo la posibilidad de mantener la cadena de mando y el personaje en todo momento (situación que, de ser soldado raso, sería extraño).

— La labor del sargento: es la de coordinar a los diferentes cabos bajo su mando. Si hay algún problema, puede ayudar a los cabos en sus labores. Si el oficial tiene que dar una orden o avisar del horario y está ocupado, puede enviar al sargento sin mando [8] que actúa como su ayudante para informar al resto de sargentos. En el momento de las maniobras a campo abierto, el sargento elegido comandará y supervisará los movimientos de los soldados bajo su mando, haciendo observaciones pertinentes. Los sargentos pueden mezclarse y hacer vida de campamento como los soldados, pero cuando se requiera su presencia en las actividades deberán acudir.

—La labor del cabo: es la de vigilar y armonizar los distintos expositores. Por ello, es recomendable que el responsable de cada expositor sea, además, la persona que ostenta el rango de cabo (y no sea un «galón florero» con el que pasearse por el campamento). Los cabos pueden mezclarse y hacer vida de campamento como los soldados, pero dada su naturaleza, deberían dejar a otro cabo al mando de su expositor antes de marcharse a descansar.

—La labor de los soldados: es la de dar vida al campamento. No tienen por qué estar siempre adscritos a un expositor concreto ni tienen por qué estar siempre participando en algo: pueden estar, simplemente, paseando por el campamento, jugando a las cartas, almorzando, descansando o echándose una siesta en una tienda de campaña (siempre y cuando el resto de su grupo lo sepa y no sea necesario en alguna actividad concreta). Por eso es importante que haya cierto número de recreadores sin expositor adjudicado, evitando huecos en dichos expositores en el caso de que alguna persona necesitara un descanso. A los soldados se les podrá pedir su colaboración para hacer instrucción y se pedirán voluntarios para hacer las guardias (que se rotarán para que no se aburran) y para las maniobras a campo abierto, aunque nadie que no quiera participar en estas dos actividades será obligado.

En pocas palabras, los soldados son soldados. Se espera que se comporten como tales, pero no se les obligará a hacer nada que no quieran, porque se entiende que son recreadores que han acudido a pasárselo bien. El grado de inmersión lo fija cada persona.

El acceso al campamento era libre para los visitantes, permitiendo que pudieran dedicar más tiempo a los expositores o aspectos que más les llamaran la atención, sin el encorsetamiento ni las prisas de tener un horario marcado por la visita de diferentes grupos. De esta forma, cada expositor tendrá un responsable, normalmente aquella persona que ostenta galón, que lo explicará a los visitantes. El resto de tiempo los recreadores pueden interactuar con el resto de expositores o descansar. Sin embargo, no deberían interrumpir el discurso ni interactuar con el puesto que tenga visitantes en ese momento con el fin de facilitar las explicaciones, sin interrupciones. Hay que tener en cuenta que muchas veces la gente no se atreve a preguntar, y se quedan mirando alrededor del puesto. En cualquier recreación, si un visitante «remolonea» alrededor de un expositor, es recomendable romper el hielo e invitarle a ver, tocar y preguntar lo que le esté pasando por la cabeza. En cualquier caso, el recreador siempre puede señalar a otro recreador que tenga más ganas de hablar o sepa más acerca del tema en cuestión, si es abordado por un visitante especialmente inquisitivo.

Finalmente, si algo hay que reconocer de las batallas, es que son muy llamativas para el público. El Campamento de Guerra Civil de Robres nos creaba un problema interesante a la hora de diseñar una batalla, ya que solamente había un bando y el número de armas autorizadas era muy inferior al de participantes. La conclusión fue que, para incorporar movimientos amplios al aire libre, lo más acertado sería hacer unas maniobras en el exterior del pueblo, en las que dos escuadras se enfrentarían entre sí al mando de sus sargentos. En la Biblioteca Nacional de España hay numerosas fotografías de ejercicios similares llevados a cabo en el campamento republicano de Pins del Vallès (Sant Cugat del Vallès): una instrucción militar sin disparos ni muertos, que busca enseñar a los soldados recién movilizados cómo moverse en el campo de batalla, como reaccionar a las amenazas y como avanzar con seguridad. Al igual que muchos de esos soldados fotografiados en los años treinta, gran parte de los recreadores ignora cómo moverse en el campo de batalla, y esas maniobras permitían ensayar y practicar las acciones, bajo la atenta mirada de los superiores, que eran recreadores que ostentaban el mando debido su compromiso en estudiarse los movimientos en manuales originales.

Todo ello tenía como finalidad el ser llamativo para el visitante externo, y dar pie a conversaciones entre ellos y los recreadores. La didáctica, la experimentación y la demostración empírica eran los aspectos fundamentales a conseguir, con dinámicas que sacaban a la calle las investigaciones históricas previas, divulgándolas y permitiendo a la ciudadanía involucrarse de primera mano en ellas.

Figura 4. Sanidad Militar socorre a un soldado accidentado durante los ejercicios militares.



Conclusiones del primer año

«En el pueblo de Tardienta estuvimos tres días y, en la noche del tercero, nos trasladaron en camiones al pueblo de Robres. En ese pueblo había población civil y eran muy buenas gentes. Por poco dinero, en cualquier casa del pueblo, te daban un buen trozo de pan, tocino frito y vinillo de la tierra.»

(Morales, 2009)

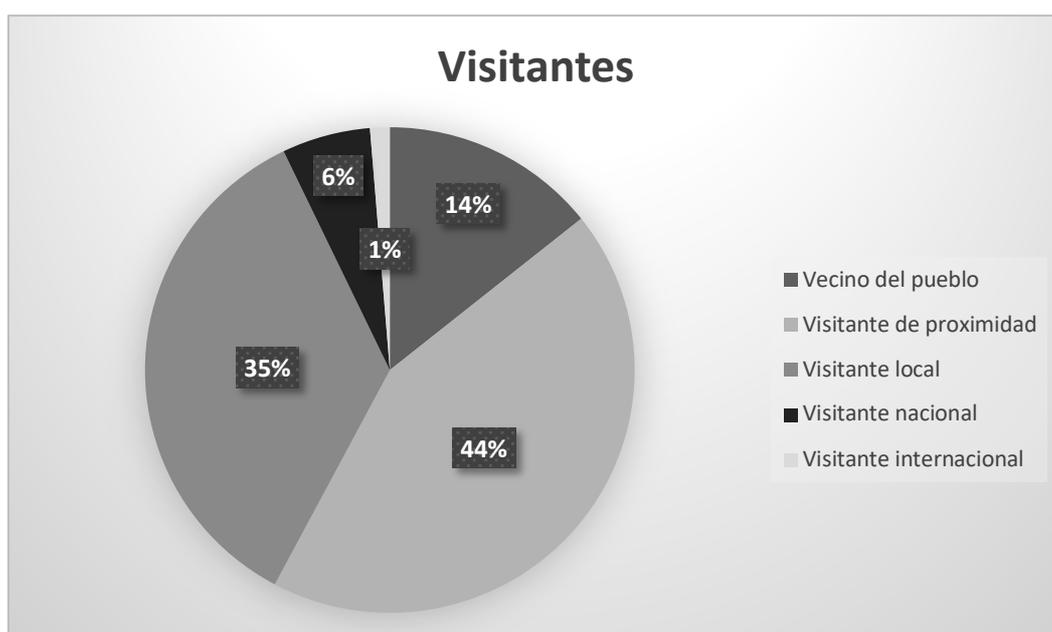
El primer año, en 2021, debido a las restricciones propias de la pandemia, se pudo controlar muy bien el acceso y asistencia al *I Campamento de Guerra Civil de Robres*. En el segundo año, ya en 2022, fue mucho más laborioso.

La edición de 2021 nos confirmó que se pueden realizar recreaciones históricas en tiempos de pandemia. Obviamente, hay que cumplir la legislación aplicable, porque las leyes están por encima de los deseos de los recreadores y son las que marcan los ritmos

y los tiempos. Se requiere un especial esfuerzo para recrear en pandemia: es posible que tengan que realizarse actividades más estáticas, haya que reducir los grupos o sea necesario transigir con el uso de la mascarilla, pero se puede seguir recreando en pandemia. Y precisamente ese control nos permitió crear una visión muy detallada de los resultados de la primera edición del *I Campamento de Guerra Civil de Robres*.

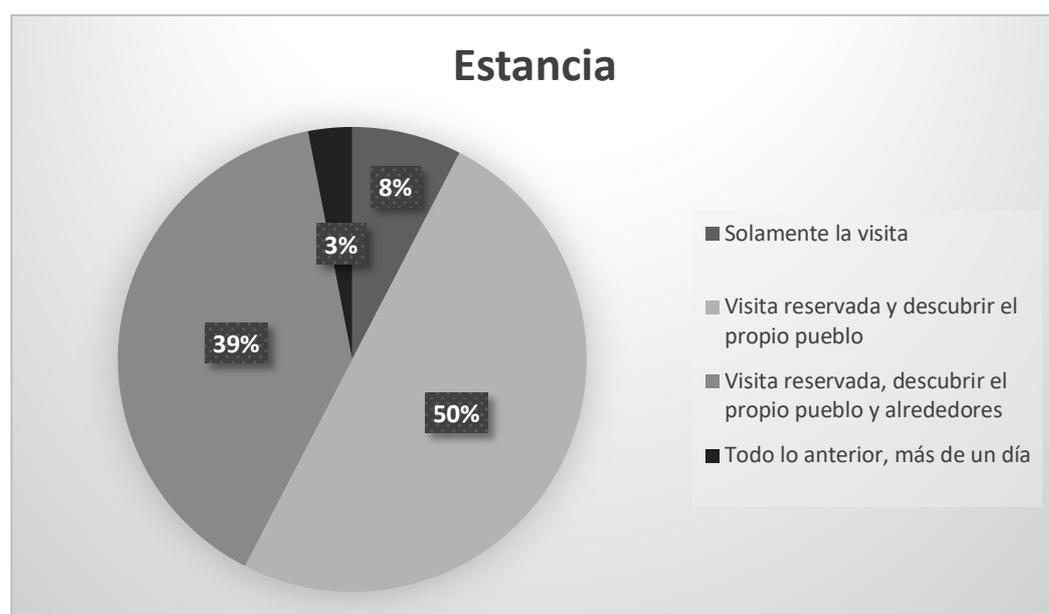
En el caso que nos compete, al *I Campamento de Guerra Civil de Robres* acudieron ciento cincuenta y cuatro (154) visitantes. Y las medidas sanitarias hicieron que no se registrara ningún caso de coronavirus en la localidad en la semana siguiente, momento en el que se podría conocer si se había producido algún contagio. Los visitantes se repartieron en siete grupos a los que se dedicó una hora a cada uno. Cada grupo, a su vez, lo componían veinte personas, aunque el máximo permitido por la legislación en aquel momento era veinticinco. De esta forma se intentaba que, aunque aparecieran visitantes de última hora que no hubieran cogido cita previa, pudieran incorporarse a la visita sin incumplir la ley.

En cualquier caso, siguiendo la normativa exigible, teníamos un límite fijado de 175 visitantes (7 turnos de 25 personas cada uno), por lo que 154 visitantes suponen una ocupación del 88% del máximo autorizado. De manera muy ilustrativa, aunque el impacto didáctico es difícil de rastrear sin un examen profundo, el impacto social de esta experiencia puede desglosarse en los dos siguientes gráficos:



- Vecino del pueblo (22): el primer sector de visitantes es el más evidente, los propios vecinos del pueblo que, movidos por la curiosidad deciden ver qué está ocurriendo. No siempre están apuntados a las citas previas, y en la realidad eran más de los contabilizados, pero comprenden el 14% de los visitantes.
- Visitante de proximidad (67): el grueso de las visitas con cita previa lo forman los visitantes cuyo domicilio habitual está situado a un máximo de media hora en coche de la localidad en la que se celebra el evento. Esto incluye la ciudad de Huesca, y significa un 44% de las visitas del evento.
- Visitante local (54): también muy importante es la afluencia de visitantes cuyo domicilio habitual está situado a un máximo de una hora en coche de la localidad en la que se celebra el evento. Esto incluye Zaragoza y sus alrededores, y supone un 35% del total de las visitas.

- Visitante nacional (9): hubo visitantes cuyo domicilio habitual estaba situado a más de una hora en coche de la localidad en la que se celebra el evento, pero sin traspasar los límites nacionales. En este caso eran personas de otras comunidades autónomas, que supusieron el 6% de la asistencia.
- Visitante internacional (2): sorprendentemente, dos visitantes provenían de fuera de España, concretamente de Francia. Estaban recorriendo Aragón en su caravana, descubrieron por casualidad el *I Campamento de Guerra Civil de Robres* y, movidos por la curiosidad, se iniciaron en un tema que hasta entonces desconocían. Supusieron el 1% de los visitantes.



Por su parte, la estancia se dividió entre cuatro posibles. De esta fase se excluyó a los vecinos del pueblo que visitaron la recreación, ya que su *estancia* es diferente a la del visitante externo, conocen el pueblo y conocen sus alrededores.

- Solamente acudir la visita reservada: para respetar las medidas sanitarias impuestas por la pandemia, cada visitante tuvo que reservar previamente, en cualquiera de los siete turnos habilitados, para evitar masificaciones. Diez (10) personas acudieron al *I Campamento de Guerra Civil de Robres*, hicieron la visita y se volvieron a casa una vez acabada.
- Acudir a la visita reservada y descubrir el propio pueblo: el grueso de los visitantes, además de la visita reservada en la recreación, aprovecharon para ver otros atractivos turísticos del pueblo, pasear por sus calles o, simplemente, intentar dar tregua al calor veraniego tomando algo en el bar. Sesenta y seis (66) personas siguieron conociendo el pueblo al terminar su visita, aunque fuera solamente un par de horas.
- Acudir a la visita reservada, descubrir el propio pueblo y alrededores: otro sector de los visitantes nada desdeñable, además de visitar el pueblo, decidió completar su ruta con un poco de turismo por la zona, visitando vestigios cercanos (como la Ruta Orwell o la posición de las Tres Huegas). Cincuenta y dos (52) personas decidieron complementar lo visto en la recreación con la visita de otros lugares cercanos.

- Todo lo anterior, más de un día, pernoctando en la zona: un pequeño sector de visitantes decidió emplear todo el día en conocer el pueblo, los alrededores y aprovechar para pasar la noche. Este fue el caso de cuatro (4) personas, concretamente dos parejas, que pernoctaron en la zona. Dos de ellos eran los visitantes internacionales, que durmieron en la caravana en la que viajaban, los otros dos prefirieron dormir en un hotel de Grañén.

Notas

1. Empleo de la recreación histórica como elemento inmersivo, con el fin de crear una sensación de autenticidad y poder transmitir entre el público aspectos destacados de una época determinada mediante la divulgación. No tienen que centrarse en un evento real y concreto, ni tiene que ser obligatoriamente militar, sino que puede tratarse del día a día de la época recreada.
2. El Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) era un partido político comunista dependiente del Partido Comunista de España (PCE). Por lo tanto, a pesar de su entidad propia, su catalanismo era moderado y más partidario del catalanismo cultural que político (por ejemplo, el PSUC no apoyaba la iniciativa del *Exèrcit Popular de Catalunya*). El centralismo del PSUC queda patente cuando apoya la Internacional Comunista y la vertiente estalinista de la Komintern en los Sucesos de Mayo de 1937. En estos momentos iniciales, el PSUC y el POUM no están abiertamente enfrentados.
3. Como, por ejemplo, pistolas de fogeo admitidas en la legislación vigente.
4. El caso de las armas históricas modificadas a fogeo, a la fecha de redacción de este texto (2022) están siendo aceptadas, siempre y cuando estuvieran legalmente registradas antes de la entrada en vigor de la nueva legislación, ya que la ley no tiene carácter retroactivo, y son personales e intransferibles. El dueño de dichas armas no puede enajenarlas de ninguna forma, siendo sus armas en propiedad una anomalía a extinguir, legado del anterior reglamento.
5. Por norma general, nombre coloquial con el que se conoce a aquellos recreadores que utilizan material incorrecto, normalmente fruto del desconocimiento de la época recreada o de la búsqueda de recrear de forma demasiado barata.
6. Por ejemplo, reducir las actividades a una batalla y prescindir del acompañamiento de las explicaciones didácticas. Características habituales que presentaban casi todos los primeros eventos en su diseño, durante los inicios de la recreación de Guerra Civil.
7. En *Historia del Ejército Popular* de Ramón Salas Larazábal, aparece mencionado como «Batallón de montaña». Madrid nº3.
8. En el ejército, existen rangos «con mando» y «sin mando». Normalmente, los militares destacados a oficinas no tienen mando directo sobre la tropa, pero se les otorgan las formalidades y la autoridad correspondiente al galón que ostentan. En el caso del *Campamento de Guerra Civil de Robres*, uno de los sargentos estaba destinado al puesto de mando en tareas de oficina, sin tropa a su cargo.

Bibliografía

- ALEGRE LORENZ, D. (2018): *La batalla de Teruel: Guerra total en España*, Madrid: La esfera de los libros.
- AZCARAZO GARCÍA, L. A.; BARRACHINA BOLEA, P.; MARTINEZ DE BAÑOS CARRILLO, F. (2007): *Guerra Civil en Aragón. Huesca*. Zaragoza: Delsan Libros.
- BRITTON, L. (2017): *Jugar y aprender con el método Montessori*, Barcelona: Paidós.
- CASANOVA RUIZ, J. (2011): *Europa contra Europa, 1914-1945*, Barcelona: Crítica.
- CORRAL LAFUENTE, J. L. (2019): «Origen del recreacionismo histórico y el rigor como esencia de su consolidación», en *El recreacionismo histórico, el patrimonio y la arqueología como motores del turismo en el territorio*, Zaragoza: Editorial de Turismo de la Diputación Provincial de Zaragoza, págs. 27-34.
- CÓZAR LLISTÓ, G. (2013): «La recreación histórica en España. Perspectivas de aplicación», *Glyphos, Revista de arqueología*, nº2, págs. 6-28.

- ESCRIBANO BERNAL, F. et. al. (2005): *Guerra Civil en Aragón II. Imágenes*, Zaragoza: Delsan Libros.
- ENGEL MASOLIVER, C. (2005): *Historia de las Brigadas Mixtas del Ejército Popular de la República*, Madrid: Editorial Almena.
- ESPAÑOL SOLANA, D. y FRANCO CALVO, J. (2021): *Recreación histórica y didáctica del patrimonio. Nuevos horizontes para un cambio de modelo en la difusión del pasado*, Gijón: Trea.
- MARTINEZ DE BAÑOS CARRILLO, F. et. al. (2010): *Guerra Civil en Aragón. Zaragoza*, Zaragoza: Delsan Libros.
- MORALES TORRES, A. (2009): *Recuerdos de guerra y represión de un miliciano malagueño*, Sevilla: Federación Local de Sindicatos de la CGT de Málaga.
- SALAS LARRAZÁBAL, R. (2006): *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid: La Esfera de los Libros.
- SANTACANA, J.; CASAS, A. y LLONCH-MOLINA, N. (2022): *La Guerra Civil española a través de los objetos*, Gijón: Ediciones Trea.
- TRALLERO, S. (2009): *Cartas de Grossi*, Sariñena Editorial.
- WAINMAN A. (2017): *Almas Vivas*, Lleida: Milenio.

Autoría: El presente trabajo ha sido conceptualizado y escrito por Pablo Gracia Vera. El autor ha leído y está de acuerdo con la versión del manuscrito.

Conflictos de interés: El autor declara no tener ningún conflicto de interés.

Copyright: © 2022 del autor. Presentado para una posible publicación de acceso abierto bajo los términos y condiciones de la licencia Creative Commons Attribution (CC BY) (<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).